

3º. Domingo de Pascua. Año B Lectio divina Lc 24,13-35

La versión lucana del encuentro de Jesús Resucitado con sus discípulos tiene dos centros de gravedad. El primero busca superar la incredulidad de los discípulos resaltando la veracidad del suceso; el Aparecido no es ningún fantasma, puede comer y ser palpado, ser visto y oído. El narrador vuelve a insistir en la incapacidad de los testigos para creer lo que están viendo y entender cuanto oyen: de no haber sido por Jesús, lo hubieran seguido dando por muerto; el Resucitado tuvo que emplearse a fondo para imponer la realidad de su vida. El segundo centro de interés del relato está en lograr el convencimiento de los creyentes: lo que ha sucedido es parte de un proyecto divino; cumple las promesas de Dios y aporta salvación a todo el que lo vea así, como el mismo Jesús ha demostrado a sus primeros discípulos. Creer, pues, en la resurrección de Jesús es afirmar que existe un programa divino que nos incluye: lo que es vivencia de Jesús hoy es hoy esperanza nuestra y nuestro porvenir mañana; el testigo de Jesús espera en lo que cree y cree en lo que espera. Sabe que Cristo vive quien lo aprecia presente en su vida, quien sabe que lo ha encontrado porque el Resucitado se le ha hecho inevitable. Quien vive hoy bajo esa impresión, vivirá para siempre en su compañía. Habrá, empero, que hacer realidad esa esperanza para hacerla creíble.

13Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; **14**iban comentando todo lo que había sucedido. **15**Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. **16**Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

17Él les dijo:

-« ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? »

Ellos se detuvieron preocupados. **18**Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

-«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

19Él les preguntó:

-«¿Qué?»

Ellos le contestaron:

-«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; **20**cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. **21**Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. **22**Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, **23**no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. **24**Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»

25Entonces Jesús les dijo:

-« ¿Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! **26**¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»

27Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

28Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; **29**pero ellos le apremiaron, diciendo:

-«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.»

Y entró para quedarse con ellos. **30**Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. **31**A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. **32**Ellos comentaron:

-«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

33Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, **34**que estaban diciendo:

-«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.»

35Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Tras el descubrimiento de la tumba vacía por parte de las mujeres y el primer anuncio, no creído, de la resurrección de Jesús (Lc 24,1-11), Lucas nos recuerda, caso único en la tradición evangélica, el episodio de Emaús. No hay que pasar por alto la situación que le sirve de punto de partida: Jesús ya está vivo, pero los suyos no se lo pueden creer; empeñados en encontrarlo entre los muertos, se sorprenden al encontrar abierta y vacía su tumba. Nadie se toma en serio el testimonio de unas mujeres con vocación de sepulcreras (Lc 24,1.6.9.11). La falta de fe llena de desaliento la vida de los discípulos.

El relato, uno de los más logrados de todo el NT, tiene una estructura formal fácil de descubrir: se abre la narración con la presentación de los personajes, camino de Emaús, y la datación del hecho en el día de Pascua (Lc 24,13-14). Durante el viaje conversan sobre lo sucedido en Jerusalén (Lc 24,15-29): al hacer aparición un desconocido, el diálogo domina el relato (Lc 24,17-27.29b). Con ello, el narrador cede la palabra a sus personajes: identifica su mensaje con la conversación de los caminantes; no basta con saber sobre lo sucedido en Jerusalén, si no se sabe verlo a la luz del plan de Dios. Llegados a Emaús, y ya en casa, durante la cena (Lc 24,30-32), reconocen a quien les parte el pan, que desaparece inmediatamente: un gesto 'sin comentarios' les recuerda a su Señor y el pan repartido abre los ojos que no abrió su presencia ni las Escrituras explicadas. Se cierra el episodio brevemente, narrando el regreso a Jerusalén de dos nuevos testigos (Lc 24,33-35): el encuentro con el Señor Resucitado ha de terminar encontrándose con la comunidad de testigos.

La incredulidad aleja de Jerusalén, y de la comunidad, a dos de esos discípulos. El camino hacia Emaús se lo pasan conversando sobre cuanto había ocurrido en Jerusalén: cuanto más hablan tanto más se alejan, efectiva y afectivamente, de Jerusalén y de cuanto allí había ocurrido. Testigos de todo lo sucedido no podían aún ser testigos del Resucitado.

Jesús, aun sin darse a reconocer, comparte camino con ellos porque quiere entrar en su conversación: se ocupa de cuanto les estaba preocupando (Lc 24,15). No le reconocieron, porque no podían: sus ojos estaban incapacitados (Lc 24,16): ¿cómo es posible que quienes tanto sabrán contar sobre Jesús (cf. Lc 24,18-24) no logran saberse junto a él? Ojos que le vieron vivo y le saben muerto no bastan para creerle resucitado; tendrán que ver algo más, de nuevo (cf. Lc 24,31).

El desconocido parece no conocer el tema de conversación pero se da cuenta de que la tristeza embarga a sus contertulios (Lc 24,17). Su ignorancia resulta inexplicable a Cleofás (Lc 24,18), que toma la palabra y le informa: Jesús de Nazaret, a quien habían creído auténtico hombre de Dios (Lc 24,19), había sido ajusticiado (Lc 24,20); su muerte había sepultado toda esperanza (Lc 24,21). Ciertamente, algunas mujeres iban por ahí diciendo haber encontrado su tumba vacía... (Lc 24,22-23). Pero nadie aún le ha visto vivo; y es que nadie puede creérselo (Lc 24,24).

Por no ver lo sucedido a la luz del querer divino, protesta el desconocido, no entienden con el corazón lo que saben decir con la boca (Lc 24,25). Y continuando el viaje hacia Emaús, les hace recorrer un nuevo camino a través de las Escrituras; en ellas estaba ya predicho el destino de Jesús, su vía de pasión y su camino de gloria (Lc 24,27). Llegados a Emaús, con una nueva inteligencia de lo sucedido y con un corazón nuevo (cf. Lc 24,32), invitan al desconocido acompañante a quedarse con ellos: el día ha declinado (Lc 24,29). Jesús, aún desconocido, no puede dejarles solos, pues aún no lo han reconocido. El caminante se hace huésped (Lc 24,30a); el compañero de camino, comensal (Lc 24,30b): el pan bendecido y repartido es el gesto que les abre los ojos y el corazón: ¡quién sino su Señor podría repartirles el pan bendito (Lc 24,31)!

Una vez identificado, el Resucitado desaparece; saberlo vivo hace innecesaria su presencia. Pero los que lo saben deben volver, de noche y con prisas, a la ciudad que había sido la tumba de su fe y a la comunidad que habían abandonado (Lc 24,33): allí, cuando se les reciba, recibirán el anuncio de la fe común: "Realmente resucitó el Señor y se apareció a Simón" (Lc 24,34).

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

El evangelio vuelve a insistir en lo acontecido aquel primer día de la semana, en el que Jesús Resucitado se encontró con sus discípulos para salvarles de sus dudas y de sus miedos, y convencerles de que realmente estaba vivo. A nosotros nos puede parecer chocante, inexplicable incluso, sin justificación posible, que los más allegados a Jesús tardaran tanto en llegar a creer que había resucitado. Olvidamos que lo habían visto morir y conocían el lugar de su tumba. Habiendo sido testigos presenciales de su muerte, no estaban muy preparados para aceptar la realidad de una vida en la que no podían pensar, de la que no tenían experiencia alguna, que ni se la esperaban siquiera.

No estamos nosotros hoy en mejores condiciones que los primeros discípulos para llegar al convencimiento de que Cristo vive hoy. No habiéndole visto morir en cruz, difícilmente podemos imaginárnoslo vivo entre nosotros; y ése es nuestro mal. Vivimos confesando que Cristo ha resucitado, pero teniendo que reconocer que nosotros, puesto que jamás lo hemos encontrado, no estamos al fin y al cabo tan seguros de ello. Nos cuesta poco repetir con los labios la afirmación de su resurrección, porque no lo hemos visto morir en cruz; pero tampoco logramos sentirnos acompañados por el Resucitado. Y es que, como aquellos discípulos, vivimos no creyéndonos de verdad lo que decimos creer: nuestro corazón no concede crédito a lo que profesan nuestros labios. No flaquea ante nada, ni ante la muerte -¡la de los suyos o la suya propia!- quien la sabe vencida en Cristo Resucitado. ¿De dónde, pues, proceden nuestros miedos y nuestra desesperanza? ¿Cómo explicarnos que no estemos seguros de que existe una vida tras la muerte, si confesamos que Cristo resucitó de entre los muertos?

Quizá nos falte valentía en comunicarnos unos a otros la fe que ya vivimos, coraje para decirnos la esperanza de la que nos alimentamos en la adversidad, sencillez para sincerarnos con cuantos comparten nuestro amor a Cristo. Sin duda que nos sorprendería constatar que somos tantos los que tenemos puesta nuestra mejor ilusión en Cristo, tantos los que presentimos que está vivo nuestro Señor. Pero hace falta que nos lo digamos abiertamente: la fe que no se expresa, si no está ya muerta, es fe condenada a morir. Y es posible que nuestra fe se nos esté muriendo, porque nos obstinamos en vivirla en la intimidad, para nosotros mismos. Quien sabe que Cristo ha resucitado, no se lo puede callar: tendrá que decirselo al mundo, empezando, como los discípulos primeros, por sus más allegados.

El episodio de Emaús nos recuerda hoy que Jesús se hizo presente a quienes ya se hallaban contándose cuanto habían visto y oído. Aún no creían, pero ya hablaban de todo lo ocurrido. Y mientras conversaban, el Resucitado irrumpió en medio de ellos; es verdad que tuvo que vencer sus temores y sus dudas, pero ya estaban convenciéndose unos a otros de haberle visto vivo. También hoy podemos estar perdiendo la oportunidad de encontrarnos con Cristo, sólo porque hacemos lo posible por no encontrarnos con aquellos que comparten con nosotros la fe y la esperanza en Cristo Resucitado. Quizá no sea aún muy fundada nuestra fe, pero ello no es óbice para dejar de compartirla.

Quien vive su fe de espaldas a la comunidad creyente no podrá asegurarse contra la pérdida de esa fe: creer en el Resucitado es posible únicamente en común, haciéndose fuerte uno con la experiencia de los demás, dando esperanza a los otros al mismo tiempo que le damos nuestro tiempo y nuestras atenciones. La mejor defensa de la fe común es su vivencia en común: compartiendo lo que nosotros ya sabemos de Jesús con quienes todavía no lo conocen tanto, testimoniando quién es para nosotros y cómo hemos llegado a la convicción de que vive realmente, haremos posible a otros esa fe que ya tenemos y nos preparamos mejor a un nuevo encuentro con él, que nos confirme en la certeza de su resurrección.

Hoy, más que nunca, cuando nuestra fe está más amenazada, cuando los creyentes, sólo por serlo, nos sentimos menos comprendidos y no se nos toma en serio porque seguimos creyendo en Cristo, se nos presenta una oportunidad única para reencontrar el entusiasmo de la fe y la confianza en nosotros mismos: volvamos a decirnos unos a otros nuestra fe, confiémonos mutuamente nuestros esfuerzos por permanecer fiel, celebremos nuestra esperanza común y el Señor, como en aquel primer día de la semana, se dejará ver de nosotros; y liberándonos de nuestra angustia nos llenará de su paz. ¡Quién sabe si no nos estará resultando tan pesado el mantenernos creyentes, sólo porque queremos lograrlo solos, confiando en nuestras solas fuerzas!

Y es que hay que tomarlo en serio: Jesús se dejó ver y tocar por aquellos que encontró reunidos, compartiendo juntos su incertidumbre pero también la convicción de que estaba vivo. Hizo todo lo posible por apuntarla esa persuasión conviviendo con ellos, comiendo de su mesa y explicándoles lo que aún no entendían. ¡De cuánto no nos estaremos privando nosotros, persistiendo en vivir por libre nuestra fe, sin el apoyo de quienes han creído antes o creen más y mejor que nosotros!

Nos estamos privando, ciertamente, de la certeza de tener a Jesús a nuestra disposición, conviviendo con quienes se atreven a compartir vida y fe con los demás; y lo que es aún más importante, nos estamos perdiendo la ocasión de oír a Jesús, mientras nos explica todas esas cosas que aún no entendemos del todo, mientras disipa nuestras dudas y vence nuestros miedos. A menudo nos quejamos de no oír a Dios; nos parece que cada día Él nos dice menos, y hasta empezamos a dudar de que esté ya interesado en nosotros; y nos alejamos de los que todavía le oyen, de cuantos aún se saben en comunicación con Él, de quienes están empeñados en oírle. No es muy lógico nuestro comportamiento: no sentir cerca a Dios no debería alejarnos de quienes le tienen cerca; no captar su voz no tiene por qué distanciarnos de cuantos saben escucharle. Tendríamos, más bien, que usar nuestras dificultades de vivir la fe para buscar con mayor interés a quienes las han sabido superar, o están intentándolo, porque las afrontan juntos.

Vivir en común la fe hace más fácil la fidelidad, porque Jesús se muestra a quien le espera acompañado. No hay tiempo que perder: si nos duele la debilidad de nuestra vida de fe, si no estamos muy convencidos de que Cristo vive realmente y no logramos apoyar en él nuestras esperanzas, busquémonos un lugar, unas personas, una comunidad donde se nos hable más a menudo, más con el corazón de él: resurgirá nuestra fe y revivirá nuestra esperanza. Merecería la pena intentarlo. Antes que perdernos a Dios, perdamos un poco más de nuestro tiempo, alguna de nuestras ocupaciones preferidas, algo de nuestra vida, buscándole junto a quien comparte con nosotros el anhelo de encontrarlo. Somos demasiados todavía los que estamos interesados en Cristo Resucitado: El no dejará de venir al encuentro de quienes, juntos, lo echamos de menos y, unidos, lo buscamos.